

originales, evidentemente, pero también, como es obvio, sobre las traducciones. El tratamiento que la autora aplica a su excelente estudio nos pone, además, ante una de las cuestiones fundamentales en los estudios de traducción: la consideración de la traducción como original en la cultura de llegada y su inclusión en el correspondiente polisistema literario.

Antonio LÓPEZ FONSECA  
Universidad Complutense de Madrid

Bartolomeo FONZIO, *Poesías latinas*. Estudio, edición, introducción y notas de Virginia Bonmatí Sánchez, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 2012, 250 pp.

Todavía recuerdo, igual que si fuera ayer, la primera vez que llegué a Florencia, durante una feliz primavera de los años 80, a finales del pasado siglo XX. Los jóvenes que realizábamos aquel viaje iniciático tuvimos la inmerecida suerte de ir acompañados por un guía excepcional, nada menos que un estudioso de la filosofía. Nada más vislumbrar Florencia a lo lejos, nuestro experto cicerone nos dijo que sin Florencia, Platón y el Neoplatonismo hoy no seríamos quienes somos. Recuerdo la emoción de sus palacios, de las calles estrechas y medievales donde tuve por primera vez ocasión de probar la lasaña, y no me olvidaré de haber admirado las iglesias más hermosas que jamás había visto en mi vida. Aquel viaje duró para siempre y, en efecto, ya no volví a ser el mismo. Años después, cuando se inauguró el Museo Thyssen en Madrid, tuve la ocasión de revivir aquellas sensaciones ante el hermoso cuadro de Giovanna Tornabuoni, eternizada a finales del siglo XV por el inconfundible pintor Domenico Ghirlandaio. A la altura de su «hermoso cuello blanco, enhiesto» (¡oh, Garcilaso!) figura un dístico latino no menos inmortal: *ARS VITINAM MORES ANIMVMQVE EFFINGERE POSSES, PVLCHROR IN TERRIS NVLLA TABELLA FORET*. Esta pequeña composición proviene del poeta Marcial, pero en este contexto adquiere una nueva significación, puramente neoplatónica: «Ojalá, Arte, pudieras plasmar sus costumbres y su carácter, que no habría entonces sobre la tierra tablilla más hermosa». Este mundo lejano, tan apto para el relato vívido de la Historia narrada por el francés Jules Michelet, es el que Virginia Bonmatí lleva estudiando durante buena parte de su vida académica, con frecuentes viajes a las propias bibliotecas florentinas, como la Ricardiana o la Laurenciana. La Academia Platónica de Marsilio Ficino se presenta, en primer lugar, como el pórtico por el que debe accederse de manera necesaria para entender la poesía de nuestro poeta protagonista, Bartolomeo Fonzio (1446-1513). Aunque Fonzio sea un poeta restringido a los selectos círculos de los amantes de la poesía neolatina, quizá uno de sus hermosos dísticos (a la manera de los poetas elegíacos, como Tibulo) pueda acercarnos mejor que nada a su mundo poético. En la Biblioteca Ricardiana se conserva precisamente un autógrafo de Fonzio donde aparece este dístico elegíaco dedicado sin duda a la mismísima Laura de Avignon, a quien Petrarca había cantado mucho tiempo antes en lengua vulgar:

Quam formosa fuit Laura hic ostendit imago  
Integra quam fuerit Laurea palma refert.

El dístico («Cuán hermosa fue Laura lo muestra esta imagen, / cuán casta haya sido la palma del laurel lo muestra») puede recordar, en esta sutil alianza de virtudes físicas y espirituales, el que hemos podido leer dentro del mismo cuadro de Giovanna Tornabuoni. Pues bien, ahora tenemos una nueva llave para poder acceder a ese mítico y hermoso mundo de belleza e ideas gracias a la feliz traducción de las poesías latinas de Fonzio a la lengua castellana. No es un hecho baladí que sea ésta, precisamente, la primera vez que el público de lengua española puede acceder a sus poesías latinas. La autora, no sin emoción contenida, nos ofrece primero una introducción sobre el poeta, inevitablemente miembro de la afamada Academia Neoplatónica de Florencia, una ciudad bajo el mando de Lorenzo el Magnífico donde florecieron como en ninguna otra parte las llamadas letras humanas. El neoplatonismo no hubiera podido ser una realidad sin las traducciones que de Platón llevó a cabo Marsilio Ficino, con quien nuestro Fonzio mantuvo una fructífera amistad. Esta primera parte de la introducción se corona con el propio Lorenzo de Médicis tal como se nos muestra en la propia obra de Fonzio, gracias al tesoro de una poesía autógrafa que se conserva en la Biblioteca Nacional florentina. El capítulo segundo nos adentra ya en la vida y obra de nuestro poeta neoplatónico. Asistimos a la formación de Fonzio en la exquisita biblioteca de Francesco Sasseti, repleta de egregios manuscritos latinos. Sasseti fue, no en vano, el destinatario de la primera poesía latina compuesta por Fonzio, de título tan elocuente como su *Excusatio, cur poema nullum scribat*. Otro aspecto clave de su biografía viene dado por la amistad (y también enemistad, que no deja de ser la otra cara de una misma moneda) con Ángelo Poliziano, grandioso humanista que ya por sí sólo define toda una época. Otro episodio clave de la biografía de Fonzio es su estancia en la corte de Matías Corvino, rey humanista de Hungría, a cuyo hijo nuestro poeta dedicó los *Carmina* que llevan el mítico y emotivo título de *Saxettus*, verdadero reconocimiento de amistad y amor. Tras recorrer estos distintos aspectos estamos, ya finalmente, en condiciones de leer el capítulo tercero, dedicado a las poesías latinas. La profesora Bonmatí acomete el problema de los diferentes manuscritos donde éstas se encuentran, sin olvidar los veintiocho poemas que se atesoran en el hermoso manuscrito del *Saxettus*, donde hasta su nombre técnico, el Códice A.43 de Wolfenbüttel, está repleto de evocación. Tras esta copiosa introducción llegamos al fin a la esperada edición y traducción de los poemas latinos. La preciosa edición preparada para la «Colección Estudios Clásicos», dirigida por el profesor y poeta Jaime Siles, nos ofrece adecuadamente el texto latino frente a la traducción castellana, que se completa con oportunas notas. Asimismo, el texto latino cuenta con un doble aparato crítico, uno para las variantes textuales y otro para las fuentes clásicas y humanísticas. De esta forma, podemos recorrer cómodamente una literatura casi desconocida, sobre todo extraña a los ojos de un lector moderno, porque nos hemos empeñado en crear fronteras lingüísticas y naciones literarias, provocando así que la poesía neolatina quedara tristemente (des)ubicada en una tierra de nadie. Tras los versos, aparentemente fríos, puede vislumbrarse Florencia durante la segunda mitad del siglo XV,

dotada ya con uno de sus más bellos iconos arquitectónicos: la cúpula de Brunelleschi. La historiografía romántica, abanderada por Friedrich Schlegel, criticó duramente la poesía neolatina. Los nuevos tiempos crearon el mito del espíritu del pueblo expresado en su genuino lenguaje, el de las lenguas vulgares. El mundo florentino y neoplatónico enmudeció entonces, representado acaso ya por las obras primaverales de Sandro Botticelli. Luego, quizá demasiado tarde, hemos redescubierto que el poeta Lucrecio estaba tras alguna de sus más importantes obras y que la lengua latina participaba de esa misma belleza que la inmortal imagen del nacimiento de Venus. Termino esta reseña rememorando de nuevo mis años de juventud y sabiendo que mi destino está escrito, que algún día ya no estaré sobre la tierra, pero también que he logrado participar de aquellas ideas inmortales, no en vano nacidas en una ciudad que, como Florencia, siempre será belleza ideal y plenitud.

Francisco GARCÍA JURADO  
Universidad Complutense de Madrid